
CREACIÓN
DIÁLOGO DE POETAS

A DIALOGUE BETWEEN POETS



Gramma

Adrián Cangí
Poeta, Argentina
adriancangi@hotmail.com

Laura Estrin
Universidad de Buenos Aires, Argentina
lauraestrin@gmail.com

Gramma
vol. XXXVII, núm. 76, 2026
Universidad del Salvador, Argentina
ISSN: 1850-0153
ISSN-E: 1850-0161
Periodicidad: Bianaual
revista.gramma@usal.edu.ar

URL: <https://portal.amelica.org/ameli/journal/260/2605634012/>

NOTA DE EDITORA

En este espacio, compartimos el diálogo de poetas que se ha entablado entre Adrián Cangí^[1] y Laura Estrin^[2], en ocasión de la presentación de *Lomo de Dragón*. Se inicia con tres poemas, anticipos del libro de Cangí, y continúa con una bella glosa poética de Estrin.

DE LOMO DE DRAGÓN

FROM LOMO DE DRAGÓN

Adrián Cangí

ENCANTADAS

«Yo era todo oído,
y creí que podría crear un alma
dentro de la Muerte».
—JOHN MILTON

«¿Quién viene para poder lo que solo puedo yo?
Yo, que habito donde jamás nadie me vio».
«¿Quién es el que osó entrar
en las cavernas mías que nunca desvendo
en mis techos negros del confín del mundo?».
—FERNANDO PESSOA

«El cuerpo se quebranta,
mientras las palabras parecen eternas
en su infinitivo, crucificadas
para siempre en su apuesta».
—ROBERTO ECHAVARREN

«Si me enseñaras qué es el verde claro...».
—HÉCTOR VIELTEMPERLEY

I

«¿quién viene para poder lo que solo puedo yo?
yo, que habito donde jamás nadie me vio»

agua como vidrio sucio
expresando un silencio

la última hoja que iba a caer
ya cayó sacudida por el verano

y no había remedio
como jamás respuestas

acompañó a mi madre
quien me enseñó a reinventar el limonero

algo que no había antes allí
aquel momento duradero verde claro

II

«¿quién es el que osó entrar
en las cavernas más que nunca desvendo
en mis techos negros del confín del mundo?»
Hospital Colegiales, Pabellón sin nombre

torbellino sepultando veranos
sobre aquel pastel de pechos y labios
de madre color citrón claro
que mi cuerpo llora con pies desnudos

aquí lejos de los limoneros todo grisáceo o rojo
estoy siempre en la esquina de la habitación
aquí velando el olor del trébol entre citronelas
vacilando por lo que importa de marfil opaco

venía ella ahora como cosecha de luz
en un nanosegundo liviana como el aire
una atmósfera de trillones de toneladas
pueden durar una eternidad de furia

entre fantasmales neutrinos vibrantes
paraísos de nadie para habitantes de nada
de la siega solo polvos, virus y escamas
de una morada imposible que me sacudió

yo te busco en un liviano celeste puro hueso
aunque puedo ver en tus ojos una costa marina
como espumas de recuerdos rosa y jazmín
tal vez muguete con pajarracos de picos rojos

viejas estrellas ya muertas estallan trasnochadas
brillan en ovillos entre hojas de limón dulce
con un rumor de tambor grisáceo azulino
en una desoladora resbalada de pocos trinos

negro como tic de boca oscura pavorosa
se añade a la luz de huesos por la noche
fresias rojas cual buracos contra el tafetán
esculpidas en sobrecogedor neón inopinado

recodos de cuerpo materno de rechinar cansado
cual *chinook* cálido y húmedo de Las Encantadas
repentino estertor eléctrico de enérgico *williwaw*
en alucinado infierno de alquitrán descompuesto

doblón amarillo e hinchado
como si el horizonte lo tragara todo
no es el Big Sur con su puesta de sol
solo hollín que inflama el último resplandor

III

¿cuánto pesa aquel cuarto
en los suburbios del corazón?
¿cuánto el desierto rugoso de piel gastada?
quizá la muerte pueda ser generosa

anodino como el dolor no reconocido
voy hacia tu cuerpo agrio y lechoso
de piel ratonil cerrándose de un golpe
mi oscuridad no tiene hambre de gaviotas

naufraga aquí en cada eczema y ampolla
bajo el verdear limonero de pasado amarillo
aquí nos envuelve boca abierta
aquella salvaje rugosidad rojiza

clavada en las tripas de caucho
fantásticas y frondosas de líquido
el cuerpo sucumbe oscuro en guiños
en conjuros de susurros y seseos

día a día el sabor amargo de la bilis
se posa insufrible en amarillo invernal
cuando se oye sin mirar con ojitos persas
se escuchan llagas entre flores y labios

olor mediocre de santo intoxicado
entre aromas cuscurrosos fuera de foco
de cómoda y alacena inalcanzables
solo papel rameado de pared en el umbral

aroma de carroña cual molino de hollín
se oye un griterío que termina en la morgue
dulce robo de los que prefiere el diablo
en la lujosa ermita de autofrustración

sus bellos ojos se llenan de lágrimas
codicia sorda que fuerza el aire
canal estrecho fricativo y dental
frescura contorneada de sol negro

espigón larguísimo, la más corta gana,
solo formas imprevistas, inviables marismas,
tumbado sigo en hojaldrado reclinatorio
de espeso terciopelo de tiburones

huele mejor que cualquier plegaria
muda de recuerdos huele a lo que llora
por qué fallé ante ese encanto poderoso
limones que no veré, ciruelos que he perdido

IV

entre ungüentos de tierras áridas se desmorona
el nunca más de mirra pardo-rojizo mortecino
granates alturas ausculto velando desde un pozo
mientras contemplo cielos de azul empedrado

a quien le importa el olor a santidad
bramando milagros debajo de los lechos
entre intervalos a croché se viven las cosas
cuando esas mujeres bordan amarguras

por la noche oscura entre tus manos blancas
murmuras la flexión de un hijo que te mece
como polvo insoluble de esfumado vivir
mientras dormito me abduce tu misterio

¿cómo llegué hasta aquí en marañas de hastío?
nada distinto de incertezas como abismo nulo
palmo a palmo aquel interior nació mío
en la distancia de absurdo y luto del limonar

¡oh *milady!* mimosa hasta el final masajeo
tu cuerpo de pedregullo molido como vértigo
sin que sepas quién lo hace vacilante
aferras tu sexo en curva incógnita

difuso fastidio te embarga al ser tocada
sensación prendida de confines vagos
sepultando veranos de inútil postizo
sobre aquel pastel de labios ya sin ruidos

en tu sombra de pájaros marinos
adentro de mi cabeza otros cuchichean
a través de huecos visibles de falanges
pensamientos se zambullen en misterioso nácar

se entrelazan dedos en pequeñas reverencias
parten sin más aquellos sin reflejo y eco
pregunto sofocado, ¿a dónde voy a buscarlos?
queda el espigón sombrío y la más corta gana

¿será el ancestro de la mirada
el deseo que nos saca de aquí?
¿nos saca del pequeño abismo
por detrás de tu sexo invisible?

¡oh *milady!* ¡*milady!* de toda bondad
despertando y despertando del hontanar
dentro del oído de pura muerte de tu edad
sin aliento entre marrajos nos hundimos

v

mi infancia lejos de la noche
tierra de limoneros y tormentas
amarillo y amarillo toda escena
hasta el rosa de perfumes reverbera

mi madre de tallos finos
nació de un arroyo confitado
en un intenso verde como impresa
de manos febriles y crispadas

mujer pequeña vasca de brusco ramal
mejillas de plumosa esparraguera
viajó a la tierra del murmullo retenido
engullida por un majestuoso rosa eléctrico

sus palabras como pájaros burlones
punzantes de savia lisonjera
danzaban con preñez alegre
entre espectros de edades y de duelos

repetía y repetía, «si lo ves, dejarás de verlo»
cuando llegan las sombras, los pájaros no cantan,
no tomes en tus brazos una imagen fugitiva
los polos se invierten para reencontrar lo perdido

ni bien se sentó resplandeciente y blanca
la piedra persuasiva se hundió como cristal
bajo su peso de voz aguda y clara
gritó su cuerpo con claridad sin nombre

algo fugitivo vino de la *umbra*
aquel tinte de rosa encarnado
tomó sus huesecitos esculpidos
¿por qué hice culpables a mis ojos?

¿vi algo en el revés adelgazado?
piel de iguana con olor de mujer quemada
lenta marcha hacia la ruina inefable
gota a gota con serenidad irrisoria

la última playa que vi se aleja
es carne desnuda toda cuarteada
¡oh *milady!* como hojarasca de lirios
espera en un tris su fuego liberador

tu ausencia hoy en alto grado
es lo más cercano a mi presencia,
cuerpo de madre lisiado por violación
de un arroyo, cometida por un río feroz

VI

pasan parejas de blanco como diablos
en fila cual gavillas mayores que manojos
corren multitudes de verde hacia el abismo
ella abierta como mate en sus cabos por las drizas

haz corredizo de nudos y de lazos, rema y rema,
rodeada de doctores, por sus penínsulas y espumas,
como catadores funestos de pájaros sin cabeza
de pronto se eleva su voz estridente desde la isla

divisé al fondo del espigón una vieja bolsa
de piel muy abrigada con negro embudo
dispuestos a engastar la sonda bien metida
en el buraco hasta que ella pase sin comer

todo alrededor parece un nido de caranchos
corren y corren como punzadas de una aguja
sin ningún sabio blanco, solo olvido sin ayuda
en anomalía permanente de precipitado albar

gritos como cartabón-volcán de bestiario
arden muslos como seña ínsita funesta
tela de araña de arideces de alquitrán
reverbera secretos el cojo elegido por azar

como profana gallina sin nido en rondó
sonda y sonda, despierta y silenciosa,
solo veo el anzuelo recién encendido
en amoroso estribillo sin mar de fondo

resta el sonido de una vegetal lufa desabrida
que raspa lo que llora mientras restriega
lo que llora tiene espinillas y algo negro
por la llaga donde se escurre el *animalaccio*

ningún sabio blanco camina por la noche
solo negros entuertos de sangrados uterinos
tras los gemidos sin parto alguno acontecido
solo sondas tubulares que alcanzan orificios

ningún sacerdote pone huevos de gallina
solo caprichos de la suerte cruzan por el aire
Ulises se las arregla para no renunciar a nada
Butes salta de repente mientras las olas hierven

combates sin cesar en la más corta gana
gritos sin paz de un último reino de contagios
casa embrujada de crónicas y corazonadas
donde solo las sirenas son atadoras de gavillas

VII

sangrante más mujer que ángel ¡*oh milady!*
¡*milady!* en la tierra virgen de mi ojo niño
aventurado lugar de clepsidra entre seseos
como pérdida cruzó esa señora de los magos

quizá porque no vivo del aliento de Hawái
me encanta el olor a mar paradisíaco
como oleadas de Chipre obsequiado
en mi oquedad sin doble fondo ya vivida

de lo dicho a escondidas poco escuché
rumian, susurran, castañetean voces,
«la planta más común en el mar
es una célula que vive veinte días nomás

entre olas hay cuatro plantas por animal
en la tierra casi un millar por cabeza
seiscientas veces más vida de hambre
insiste en la tierra que en el mar»

toco tu cuerpo desnudo a bajo ritmo
con la extrañeza de un lejano primer reino
perdido en la fauna remota de Galápagos
en un anterior más antiguo que el pasado

ya no resta ningún Big Sur en la costra salida
solo linaje de campo adentro en el gemido
de aquellas cuerdas en la noche entre las bestias
algo aflora en un grito añejo de dolor

crines me humedecen de tu playa encantada
eruptiva surge como lava roja-piedra carmesí
que devasta la costa sólida por antiguos aludes
en fantástico fracaso de un vientre que chilla

sombra de caballadas de infancia verde urgido
se deslizan tras la caída por ancas tierra adentro
de un dominio perdido en aliento fugaz invocado
que aún recuerdo ladeado en latencia derramada

joyas preciosas de manantial de toda vejez
aunque vacilo al borde de tu edad de oro
en una calle calma con sus veredas y sus taxis
mientras transido espero el fuego liberador

miserable destino como vidrio sucio casi negro
el demonio de la oscuridad ronda piscando
al menos un destino expresado en su silencio
obliga a no jurar por la luna en paseos serpentinos

VIII

quejidos y bufidos cual bramidos
ululaciones y estertores como baladros
castañeteos de la boca desinhiben
su revelación tan excesiva como vana

consuélate con mirar divisando lejanías
sí eres incapaz de tocar roca fundida
de oler la memoria en las minas lujuriosas
en una afectiva vital euforia de tu tacto

lo tieso detrás de lejanos astros brillantes
en lenta marcha de paraíso distante
su silencio invade el porvenir aquí
en intensidad varada de tiempos muertos

pérdida del espesor del tejido
músculo expuesto, cavitaciones,
tunelizaciones de la cápsula articular
como esfácelos de Galápagos

Las Encantadas se niegan
a darme acogida, la tierra arde,
solo piel de reptil mientras el sol
se consume en un silbido de vida

verdosos contra rojos tan estridentes
amarillo claro de carne agujereada
nada cierra en bolsas pletóricas de pus
ante el abismo de infección súbita

los dedos de los pies se enfrían
la garganta pide agua con excitación
trances encarnados de todas las raicillas
ardidos de asfixia bermeja gutural

«yo era todo oído,
y creí que podría crear un alma
dentro de la muerte»
en el umbral de la conciencia

escucho la voz entre terrores
me dejo arrastrar por los escollos
deletreado tiempo muerto naufragado
saltando en pedazos contra viejas piedras

«el cuerpo se quebranta,

mientras las palabras parecen eternas
en su infinitivo, crucificadas
para siempre en su apuesta»

IX

desorientado entre volcanes ya extintos,
agujeros de carne de garrobo negro,
de cola espinosa, de toscas hendiduras,
zumbaba aquella piel de escamoso iguánido

tolok de isla de verdor mohoso
nada cura las fisuras que allí gimen
aúllan manos hacia la luz lejana
entre espectros errantes de tu fuga

en desesperado trance de sangre
cúmulos de ceniza todavía líquidos
osamentas aquí o allá aún resisten
por el tic tac de locos miocardios

en Idumea baldía no he cavado
copla ni epitafio, canción ninguna,
beben en amistoso trago desolados
por el descanso de difuntos en la sombra

ya no espío tras mis anteojeras vanas
aquí me estoy, en contracción, pleno
solo en pulsación rítmica de espera
cubierto de escombros en tu magma

ahora pasas tú
como eres hoy,
así fui yo,
pendenciero y alegre

castañeteos y bufidos, ululaciones y quejidos,
la garganta pide agua lejos del rumor de la ribera
cortocircuitos de algas envuelven mi cabeza
hacia el recodo final de la aventura aún viva

las glándulas hacen su trabajo en el marfil
allí me quedo un instante, aunque al fin regresa,
¡*milady!* eclipse celeste, ruina liviana y poderosa,
de bruma y sol encima de tantas sepulturas

raicillas dan noticias
de bárbaros clarines
albatros volando
que se devora el mar

cuando el día muere leemos «todo llega»
llega como «todo» y pasa como «muerte»
alguien espera continuar empecinado
roca profunda en súbito temblor ante la onda azul

X

«¿quién viene para poder lo que sólo puedo yo?
yo, que habito donde jamás nadie me vio»

agua como vidrio sucio
expresando un silencio

en el umbral de la conciencia
escucho acrobacias de sobrevivientes

pechos de luz verde enfermera
regocijo recóndito, como de antílope

solo acompaño a mi madre
quien me enseñó a reinventar el limonero

algo que no había antes allí,
aquel momento duradero limón verde claro.

VERDEAR

«Veinticinco cúmulos de ceniza
desparramados aquí y allá
en un terreno baldío».
—HERMAN MELVILLE

«Llegaron los días invernales,
amarillos y colmados
de aburrimiento».
—BRUNO SCHULZ

«Sale el sol de noche;
está en el cenit,
con poca luz y rayos cortos,
retorcidos».

—MAROSA DI GIORGIO

«Tus ojos estaban siempre al acecho,
aunque el mundo aguardara distante».

PASCAL QUIGNARD

I

me esfuerzo por no morir en silencio
«llegaron los días invernales,
amarillos y colmados
de aburrimiento»

algo que no había en mi oquedad
aquel momento duradero verde claro
«tus ojos estaban siempre al acecho,
aunque el mundo aguardara distante»

vago recuerdo intangible
hacen que mi corazón se dilate
cuerpo desnudo tendido
de un reino antiguo ya perdido

II

crecí entre ramilletes
la casa no era un bosque
solo hojas celosas
de un limonero amarillo

había rumores de pájaros
las hojas caían naranjas
entre minúsculas mariposas
en el umbral aullaban las perras

fiebre de un fulgor de cielo negro
tres rosales se recortan en la lumbre
y un grito horrible cortó el aire
desde la habitación de mi abuela

ningún lobo entra en escena
el fondo de la materia era roja
solo el cascarón oprime el mundo
como enano con su azul del este

blanco y patético chubasco toma mi reino
cayó en la noche hirviendo de estrellas
fija y pobre cayó, real de puro rojo rosado
en un hastío de marañas de más hastío

III

perduraba un perfume a limón verde
todo en nosotros lo sabía
nuestro sexo lo sabía
mi corazón lo recuerda

aquí todo parece solitario y vacío
vibrando una risa cristalina de nadie
y no sabía que pasaba,
o no pasaba nada al fin

solo picos invertidos del color de volcanes
ocres que andaban sin rumbo
entre aire y oxígeno el sueño entró de golpe
heterógrafo en su ingesta como búho y diablo

lo que vemos son varas azules
están penetrando ese negro erizado de malezas
solo zurcir desenreda disuelto en polvo
dice la abuela «el pulgar alumbra el rojo»

nubes oscuras y movedizas de dorado pálido
olor pegajoso soso y frutal
de colcha de flores anaranjadas
fulgor intempestivo de machacón plomizo

IV

como en un bosque solitario
hurgado, deshonorado, ajusticiado,
cada arrumaco es prometedor
y merece sábanas propias

en un sueño de sombras
con voluntad de muerte

siempre alerta
irrumpe lo inhumano

cerré la puerta
con furia
volví al sitio
ya solitario

delante de mí
sentado el diablo
rosado y quieto
en el verdear

extraña misión
liberarnos de nosotros mismos
humilde y extraña misión
desanudar el lazo

V

me esfuerzo por no morir en silencio
contando «cúmulos de ceniza
desparramados aquí y allá,
en un terreno baldío»

vago recuerdo intangible
hacen que mi corazón se dilate
cuerpo desnudo tendido
de un reino antiguo ya perdido

«sale el sol de noche;
está en el cenit,
con poca luz y rayos cortos,
retorcidos»

VISITACIÓN

«Aquel que desea, pero no actúa,
engendra peste.
Espera veneno del agua estancada».
—WILLIAM BLAKE

«Cuatro vientos soplan de los cuatro rincones del mundo.
Tres son maléficos y uno favorable».
—D. H. LAWRENCE

«En el principio era el cerebro secreto.
El cerebro encerrado y soldado en el pensamiento».
—DYLAN THOMAS

«Todas las mañanas del mundo
son caminos sin retorno».
—PASCAL QUIGNARD

Y delante había como un mar de vidrio semejante a un cristal. Alrededor, cuatro seres vivientes de ojos delante y detrás. Cuánto les hubiera gustado beber allí. Y, al no poder hacerlo, creen que gozan estrellándolo. Cualquier santo se vuelve maligno, se convierte en pervertidor. «Espera veneno del agua estancada».

Como caminos sin retorno, solo nuestro dolor aún nos retiene...

Todo lo que se llevarán está en su noche. «Cuatro vientos soplan de los cuatro rincones del mundo. Tres son maléficos y uno favorable». Luchando contra el viento, un hontanar rojo-plateado hería los ojos abiertos. Diciendo su adiós se oye un aria, que se destaca como antiguos placeres del mundo. Al fondo espera veneno de agua estancada.

Como caminos sin retorno, solo nuestro dolor aún nos retiene...

Vidrios como mares y rojos como ríos. «En el principio era el cerebro secreto. El cerebro encerrado y soldado en el pensamiento». Vestida de púrpura y escarlata, la vieja dama avanza, bajo el sol iracundo. El gran dragón rojo está furioso como prostituta sentada, magnífica y rebosante de sensualidades. Húmeda, los invita a beber de ella, al rayar el alba.

Como caminos sin retorno, solo nuestro dolor aún nos retiene...

Unos hombres desnudos se lavan en agua estancada, con el miasma hasta las corvas, mezclados con una bruma roja. Heridas sangran sobre las aguas pestilentes. Irremediables charcos melancólicos, como el deseo que no actúa. «Todas las mañanas del mundo son caminos sin retorno».

Solo nuestro dolor aún nos retiene...

Era el tiempo en el que vino medianejo se avinagra, la zozobra crece con los días. Tiempo violento e irritable bajo la presión regular del metal. Nada sobria, la dama yacía como un membrillo pasado, por el semen y la sangre. Invitaba a beber de ella con cabeza erguida y timbres vibrantes. Gritaba: «en el fin de los tiempos lloverán sapos del cielo».

Nuestro dolor apenas nos retiene...

Semejantes a espumarajos de leche, bajo serpentinos timbres, se escuchan estertores desordenados. Los cuerpos se dispersan donde aún crecen manantiales. Albures y gobios rompen el silencio por el coletazo de las bestias. Figuras de un caparazón incomprensible avanzan con su beso de muerte.

Solo nuestro dolor...

eran tiempos de visitación,
ninguna estancia estaba a salvo
del pavor taciturno.

DEBE SER QUE NOS HICIMOS VIEJOS. SOBRE LOMO DE DRAGÓN, DE ADRIÁN CANGI

IT MUST BE THAT WE GOT OLD. ON LOMO DE DRAGÓN, BY ADRIÁN CANGI

Laura Estrin

Beckett también discutió con Harvey sus sentimientos sobre su propia escritura.

Escribir era para él, dijo, una cuestión de «bajar debajo de la superficie»
hacia lo que describió como «la auténtica debilidad del ser».

Esto se asoció con un fuerte sentido de la inadecuación de las palabras
para explorar las formas del ser.

«Todo lo que se dice está muy lejos de la experiencia.

Si realmente te pones a la altura del desastre,
la más mínima elocuencia se vuelve insoportable».

—JAMES KNOWLSON

Condenado a la fama: La vida de Samuel Becket

Adrián Cangi *escribe* a sus padres, Tsvietáieva los *memora* en «Mi madre y la música» y «Mi padre y el museo». La poeta los *memora* con su prosa entrecortada, definida por el ritmo musical de la infancia autobiográfica, consigue trasladar los recuerdos a través del tiempo perdido, a través del espacio real y los abre ante nosotros, reviviendo la pulsión de aquellas primeras inquietudes, de su madre y su piano, del hechizo artístico que ya desde tan niña vibraba dentro de ella. Y nos confiesa que «el sueño de un museo ruso de escultura nació, lo puedo decir sin temor, el mismo día que mi padre». «Una cosa más. Por naturaleza soy

muy alegre. Necesitaba muy poco para ser feliz. Una mesa *mía*. La salud de los *míos*. Un clima cualquiera. La libertad entera. —Y nada más. Pero obtener *así* esta desdichada dicha, en esto no solo hay crueldad, hay estupidez». La vida debería alegrarse de quien es feliz, alentarle en ese don «tan poco frecuente», clamaba en *Confesiones*, en agosto de 1940. El 31 de agosto de 1941 se ahorcó en Yelábuga, Tartaristán, agotada de la mala dicha histórica sobre su cuerpo. (Tsvietáieva, me dice Cangí, supo de su borde y su vacío: «No puedo no marcharme, pero tampoco puedo no regresar: así es como un hijo le habla a su madre y un ruso le habla a Rusia». Y agrega que hay una justa distancia en la *desdichada dicha*: «No me dejaré seducir por mi lengua materna, ni por su promesa de leche». Y en su insistencia me recuerda que Milita Molina, en una versión de *La misma música*, dice que «si la literatura es siempre descolocada es porque escribiendo no se gana identidad: se pulveriza la identidad. No escribimos para encontrarnos sino para perdernos y la publicación nos obliga (aunque sea por un momento) a enfrentarnos a ese simulacro de identidad que somos cuando decimos “yo”. Se supone que hay una identidad de un autor, uno mismo ve su nombre como acoplado al título de los textos y lo ve “entero”, “unificado”, y se “espanta”. Esto lo supo Henri Beyle (Stendhal) de entrada, y como un iluminado escribió: “Ha muerto el genio poético, ha nacido el genio de la sospecha”»).

Insisto en que Cangí *escribe* a sus padres, no los *memora*, pone sus cuerpos en el poema, hace expreso acto de escribirlos, recuerda sus cuerpos, sus gestos, sus maneras y, sobre todo, su irse. Al escribir los cuerpos los ficciona, no los cuenta como quien dice: «Me había jurado no olvidar la infancia». Lo hace en acto descarnado, entre lo vivido imposible de decir y lo rodeado en la fatiga de la espera. Pertenece su escritura a quienes fabulan la experiencia vital sosteniendo el desespero sin resuello. Creo que «es triste / porque la tristeza es siempre vieja». Cangí no escribe para «quedarse para siempre / en una biografía larga». Aunque un dejo plebeyo de su grafía abre un humor satírico de destellos y promisorias transformaciones. (Me confiesa mientras le digo con porfía que su libro me excede: «Me revuelvo en una voz que se busca a sí misma y me entrego al acto sin atenuantes. Solo restan unas vibraciones y unos colores». Y Cangí prosigue: «Dura y cierta la frase de Knowlson, conversada de más con Milita Molina: “si realmente te pones a la altura del desastre, la más mínima elocuencia se vuelve insoportable”». Me dice al oído: «Presiento que lees, mi querida, elocuencia en algún grado». Y confirma ante mi carcajada: «¡Qué problema la distancia justa! Ojalá pudiera...». «Insiste en su decir: “La *desdichada dicha* puede ser *estupidez*...”. “Hay que traspasar la crueldad de la mirada junto con cualquier eminencia...”»).

Hace tiempo que entiendo la experiencia, lo real vivido, como enlace o déixis necesaria para lo literario, escribir lo que se vive, se siente, se padece, es decir, todo lo contrario de alguna gratuidad, y allí, justo encuentra «fundamento» la escritura: autor-obra. Echavarren lo dice en el prólogo, recorta y define la muerte de los padres en *Lomo de Dragón*, y cómo es esa muerte: «Su tema, en las figuras de los padres. No escribe una elegía, un canto ante la pérdida. Es más bien un forcejeo entre las ánimas o sombras de cuerpos conocidos en su piel, en su musculatura, en su enfermedad, en su debilitamiento, cuerpos vividos cuerpo a cuerpo, a cuerpo presente. [...]. Nada más lejos aquí del conflicto generacional. El hijo salva a sus padres, en cada uno de sus brazos levanta a un padre, y los sostiene en alto; yo estoy sano y me encargo de ellos, constato sus huellas, sus existencias. Por lo tanto, están vivos». Echavarren conoce la obra de Adrián Cangí, puede acompañarla bien al decir: «Descubrí que el nombre de una madre muerta es un grito nunca ajeno a un pájaro que modula y resuena. [...]. La madre está viva porque no deja de producir efectos. [...]. Piedad hacia los ancestros. Hacerlos participar en el banquete de la vida. Siguen siendo comensales».

Entretanto, Cangi escribe sobre *Libro de autor* (2024) con afecto y entrega. Lo hace sin demora. No espera nada, solo escribe. (Me dice sabiendo que anoto todo por escriba: «También entiendo la escritura como el “aquí” encarnado y por eso la incisión de la letra es deshaderente, como su doble de proximidad en el “allí” de la grafía, contrario por cierto a cualquier gratuidad simulada o formal»). Recuerda en el intercambio una nota al final del libro *Lomo de dragón*: «Pascal Quignard anota: “Escribir no consiste en bendecir. Escribir es bajar la mano al suelo o a la piedra, o al plomo, o a la piel, o a la página, y anotar el mal”». Y me exaspera como a Milita Molina, pero me salen carcajadas como a ella: «Nada confesional me convoca. Como cualquiera fui impactado por unos hechos y algunas prácticas. Restan improntas, a veces esquivirlas y otras manchas. Se dirá que me impulsan algunos fraseos interrumpidos, voces coloquiales y mordiscos de algunas lecturas. Insisten euforias trágicas y algunos berretines vanos. Hacen la bitácora de la escritura, una mezcla de tristeza y deseo, sin melancolía. Una deseada pérdida de las anécdotas de vida, culminan en senderos de atmósferas oblicuas y jamás transparentes. Me dejo llevar por las facetas de algunas corazonadas, propias de oleadas de la manifestación verbal». Y agrega para mi sorpresa un gesto de su fiel provocación: «Aunque viejo, por suerte, no llegué solo a este entuerto...»).

El libro de Cangi, lleno de epígrafes de autores eminentes (cuatro por poema da cuenta de un archivo gozoso), luego incluidos en la construcción de la escritura, dentro del poema, es saber (bien aprendido) que se hace propiedad. Además, la presencia palpable, legible, de lo «religioso» (en sus términos: «una fe en este mundo y nada más...») que hace a toda poética que se precie, en *Lomo de Dragón* —digo— se vuelve existencia contundente de transformaciones del lejano Oriente, *chinerías* —diría, sin más, Nicolás Rosa—, y cito de nuevo a Echavarren que lo dice mejor: «No se trata de la resurrección de los muertos, como en la parusía cristiana, sino de la renovación de las estaciones». Cangi, sabemos, siempre ha sido extremo y, también, además, encima, siempre anda en andurriales «barrocos» y «barrosos». Con exquisitos autores se rodea, en complejos cruces y teorías lectoras. Con palabras de allí derivadas, inventadas o armadas se hace una lengua y un mundo propios que acuna a sus padres en sus padecimientos y muertes, así se inventa una especie de delirio, de fantasmagoría que ha vivido y ahora traspone. Entonces, con esas magias terribles, alcanza hermosos versos, como cuando cercano al de Ajmátova, a «el dolor traza páginas cuneiformes», escribe: «el dolor teje cenizas...», o cuando anota: «...la vista clavada en su vértigo». Su «hiperinteligencia lúcida» (no menos sensible y escéptica) arma *Lomo de Dragón* como un experimento o un aparato trágico, artefacto tejido que encantaría a nuestro maestro Nicolás Rosa.

Con versos (no converso) como «raya el garrotillo / confin de gran tamaño» hace ruidos entre las letras y mientras teje espera, preámbulo, espera, demora: lo que puede narrarse, ponerse, decirse, la espera, ¿el tiempo muerto que antecede a la muerte? (Me confiesa en un audio que da risa, casi como si fuera una clase elocuente: «Ante el proceso de despedida —a veces larga despedida como la mía— solo se escribe la espera. No se refiere la mía a una actitud de espera pasiva o a la simple anticipación de un evento futuro. Más bien, se vincula con la experiencia de lo que estaba por venir, la potencialidad del evento y la capacidad de la diferencia para transformar lo real. En lugar de esperar pasivamente, hice el camino con demoras de una espera activa, de una disposición para encontrarme con lo inesperado y me dejé atravesar por la experiencia que me transformó...»). Y deja la clase y entra en el libro: «Ante mis padres enfrenté un proceso de agotamiento de ciertas formas de expresión y de la capacidad de generar sentido. Caminé en el filo del agotamiento vital, experiencia lejana de la simple fatiga o del cansancio...»).

Cangi arrastra toda la «vanguardia» («solo el zureo bajo y repetitivo / vibra decisorio»), trasunta todos los movimientos y traqueteos de las lenguas de vanguardias argentinas y latinoamericanas, en sus versos suenan variados Lezama Lima, suenan múltiples Néstor Perlongher, pero también pluralidades de Oliverio Girondo, o tal vez no, pero parece que hubiera hecho tronar a Borges con los ritmos que sus palabras traen. Por ejemplo, en «...cómo decir al pasar, / para saber tricotar hay que poder llevar una casa / sin devenir feroces / punto a mano transitivo sin máquina tejedora». También, por supuesto, engarza «retaguardias» a sus lenguas, términos y cifras que trae de «cangilescas ciencias» (recordemos su formación europea, nada despreciable por aprendida, donde Cervantes es uno de sus epígonos): «en un nanosegundo liviana como el aire / una atmósfera de trillones de toneladas». Mejor dicho, arrastra una retahíla de discursos de mezcla, de saberes que acumula y trasfunde: «sus bellos ojos se llenan de lágrimas / codicia sorda que fuerza el aire / canal estrecho fricativo y dental / frescura contorneada de sol negro». Así acompaña a la madre muerta, acompaña el cuerpo de la madre, de su madre, mientras, también, se hace hueco para la pérdida de su padre. (Y de manera inesperada, me cita un gesto que «hace hueco», de otro de sus libros *Antibiografía. Declaraciones improprias* (2022) y dice: «Recuerdo casi de memoria aquella frase de Cervantes: “Llenósele la imaginación de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pependencias”. En nuestra vida actual, el Quijote permite imaginar heridas, desafíos, batallas, amores, requiebros, pero, sobre todo, disparates sanadores. La serie de requiebros son la base de las diferencias en la repetición del hábito. Y solo en ellos se tramán diferencias. Me siento más cerca de pensadores que abordan lo real de frente y con entereza, despejando o evocando sus dobles y aceptando sus virtuales de modo crítico por su condición trágica. Pero si deseamos imaginar de modo radical como el personaje de Cervantes imagina, tenemos que intentar vaciar la causa para que existan sus consecuencias como efectos azarosos»).

Y retomo, debe ser que nos hicimos viejos porque comparto su devaneo de versos así conseguidos en esta retrama de la infancia, de la vida pasada que ya tenemos y en la muerte de los padres. Leo: «la infancia puede ser un fino estilete / clavado en la gola / y no se saca fácilmente / como la muerte de otro / es la partida de su mirada / cuando llega la temporada de apagarse» y eso que leo me hace pensar, también, retomando, que en la demasía que es este libro hay muchas otras cosas, hay cosas... *Cosas veredes, cosas veredes ... Sancho, que no crederes*: la infancia, ya allá lejos, en la muerte, en los padres y en el recuerdo del limonero amarillo: «crecí entre ramilletes / la casa no era un bosque / solo hojas celosas / de un limonero amarillo». Limonero *real* —diría yo en mi necesario realismo—, *Limonero real*, diría Nicolás Rosa —siempre literario— trayendo un libro que le gustaba: *El limonero real* (1974), de Juan José Saer, donde el ritmo que escande la repetición a orillas del río dice: «Amanece. / Y ya está con los ojos abiertos». Diría limonero real, porque veo un árbol frutal perenne, con frutos de sabor ácido y aroma fragante. Cangi sabe de estas tramas, y justo «allí», elije «amarillo». Un común sentido literal, donde tal vez... no queden ni cosas ni lugares «reales» para su decir. (Piensa en voz alta, y me lo dice casi desconfiando: «Sandy Tolan en *El Limonero: Un árabe, un judío y el corazón de Oriente Medio* (2006) narra la historia real de dos personas —un judío y un palestino sefaradí— que se entrelazan. A lo largo del relato, Tolan explica con gran detalle la lucha entre ambos, bajo el limonero. Aunque me recuerda que la novela no es de nuestro agrado, y repone las carcajadas tantas veces vividas, cuando Milita Molina nos decía: «chotos bajo el peral», tienen «nostalgia de la literatura»... «Y esa nostalgia dice mejor que nunca: “debe ser que nos hicimos viejos”». Y replica, elegante y juguetón: «Nos van quedando *veredes, que no crederes...*»).

Y, aún, creo que el exceso de este libro se me hace Góngora. *Escribir difícil para que los brutos crean que es Góngora*, recuerdo que decía Libertella, pero seguro que me equivoco... *vos ves mejor*, Adrián... (Y no me responde nada..., aunque lo hace Echavarren de modo indirecto: «El español de la lengua poética del siglo diecisiete no es difícil. Todavía lo hablamos. Quevedo acusó a Góngora de ridiculizar el idioma español con sus “neologismos”. Resulta que los términos que Góngora ingresó a la lengua culta son los mismos que utilizamos hoy»); como le dice Tsvietáieva a Rilke a un año de su muerte en *Carta de Año Nuevo* expresando su dolor y su búsqueda de consuelo en la poesía, como una especie de monólogo lírico. Incluso puedo seguir y abundar sin red o «camino a la red» —como dijo Shklovsky que vivió Mandelstam— porque recuerdo que Milita Molina sabía y decía de este relato del exceso-amor de hijo-madre en Cangi. *La jueza eterna, el oído tísico*, lo vio-lo escuchó y supo de este libro: literaturas con literaturas se chocan, mejor dicho. Cangi se volvió resistente a *la jueza eterna* porque escuchó «allá ellos». (Me lee y recuerda que escribí: «Libertella citó del diario del norteamericano Kerouac: “Nadie me comprende. Piensan que estoy loco. Lo único que deseo es ser amable y educado, y luego irme por mi cuenta solo como siempre. Eso no se hace”. Héctor era un solitario muy amistoso, se ve que él también *corría a anotar*lo. No desconfiaron de él, pero en un momento, por el 2000, ese mercado lo abandonó a su entera suerte. Ningún mercado banca perder presencia, importancia, Libertella se había desentendido de él con esa frase-gesto que pudo compartir con Nicolás Rosa: “allá ellos”»).

Adrián Cangi hace un «réquiem», claro, insomne, cierto: «la vida parece una metamorfosis donde solo se permanece en vigilia / sin saber ni día ni hora en el que nazca una visión de la muerte / que conoce sus descansos en el óbito cuando aparecen los incisivos / corre la esperma sin retenes ante ella y ella viene cuando quiere / ni más tarde ni más temprano esa muerte no se calcula ni previene / “la vida al fin le empezó a sonreír / mostrándole todos los dientes”; el tiempo de la muerte es quebradizo / la descomposición de la carne / es lenta aún a pesar de las cavidades / solo descompuesta la pulpa / los huesos al fin se desligan / para unirse en el fondo de lo viviente». *Lomo de Dragón* —libro de un loco razonante, como nos llamaba Nicolás Rosa— profesa una pasionaria: «extraña misión / liberarnos de nosotros mismos / humilde y extraña misión / desanudar el lazo». «¿Qué es lo que viste? Los muertos tienen márgenes de maniobra», «¿interpreté bien la farsa de vida hasta el final donde la mirada mata?». (Y lo escucho, porque me escucha, cuando me cuenta que Milita Molina le dice «poseído»: «¿Por qué no un entre- ¡tanto! ¿Un entre- (¡tenerse!)? También ese tenerse —que es un haberlo y perdido—. Llegamos lejos: al fastidio, de la vida, de hotel: ¡a esa primura! “La vida entera me he jugado para entre(tener) entre(tener) y entretener y entretener y entretener” [acá lo paran] ... “ese fastidio”, completa el poseído, “no te quedaba otra”»).

Pero leo, y me parece que al final, los versos se aligeran, se repiten y cambian, de frases largas pasa a engarzar algunas más cortas, la prosa de la vida queda lejos pero siempre ocurre, y me pregunto: ¿qué es ser extremo, que es una escritura extrema, abundosa, del deseoso que huye sin huir, pero amando-riendo? Y Lezama Lima que trae a Osvaldo Lamborghini, tan certero en «¿Qué tanto lío con la muerte? ¡Si es como sonreír! Reímos, sin embargo, y lloramos. O reímos. O lloramos. ¡Y no podemos sonreír nunca!». La enorme trama citacional de este libro convoca a los mejores, claro, de Silvia Plath a Herman Melville, a Bruno Schultz... Entonces *Lomo de Dragón responde*, como dice Savino, que dice Claudel: «Escucho. No siempre entiendo. Pero igual respondo». Libro que replica autores y obras largamente leídas y traídas a la escritura, me confirma todo el tiempo que nos hicimos viejos, incluso más allá de la mitad del camino de la vida: «se escribe en la mitad de la vida / cuando nadie nos mira / cuando nadie ya escucha». Y pienso que para poder con este libro hay que entresacar lecturas, genio, maneras y años, porque tal como aquí dice: «la vida se registra en lente convexa para ayudar a regresar a los muertos». Y creo como Tsvietáieva que «la vida es un camino con múltiples encrucijadas, y cada elección que hacemos define nuestro destino». Entonces habrá que seguir leyendo, seguir haciendo lugar a los que ya no están y seguir escribiéndolo.

NOTAS

- [1] Escritor, filósofo, poeta, editor, curador y realizador audiovisual. Correo electrónico: adriancangi@hotmail.com
- [2] Poeta, investigadora y docente en la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires (UBA). Forma parte de las cátedras Teoría Literaria III y Literaturas Eslavas. Investigadora en el Instituto de Literatura Argentina y en el de Artes del Espectáculo en el Área de Judeidad (UBA). Correo electrónico: lauraestrin@gmail.com

AmeliCA

Disponible en:

<https://portal.amelica.org/amei/amei/journal/260/2605634012/2605634012.pdf>

Cómo citar el artículo

Número completo

Más información del artículo

Página de la revista en portal.amelica.org

AmeliCA

Ciencia Abierta para el Bien Común

Adrián Cangí, Laura Estrin

DIÁLOGO DE POETAS

A DIALOGUE BETWEEN POETS

Gamma

vol. XXXVII, núm. 76, 2026

Universidad del Salvador, Argentina

revista.gramma@usal.edu.ar

ISSN: 1850-0153

ISSN-E: 1850-0161